

todo subjetivado, ideologizado, determinado, esencializado, dicotomizado, encarcelado, etc. El Otro, como la propia filósofa, que inicia su libro hablando de sus padres y termina con ellos, esto es, nos lleva desde sus gestos vitales y biográficos, al horizonte mismo de Derrida y al pensamiento posfundacional con toda la riqueza que éste nos ofrece para estos tiempos. Y, con esta forma de hacer filosofía, las fronteras caen y la matriz de pensamientos se abren y la lengua siempre está por venir, como cada uno de nosotros; y nos muestra, la filósofa, cómo en esa lengua abierta y no determinada, está la salida al laberinto de la soberanía hegemónica que destruye a la democracia y que nos deja habitando en la soledad narcisista más horrorosa bajo el yugo de los Estados canallas, pero incluso así, seguimos siendo libres para que en esa apertura y aporía podamos realizar un amistad por venir; es el acontecimiento del NosOtros. – RICARDO ESPINOZA LOLAS (respinoz@ucv.cl)

GRACIA CALANDÍN, J., *El desafío ético de la educación*. Dykinson, Madrid, 2018, 263 pags.

*El desafío ético de la educación* es el título del último libro de Javier Gracia Calandín, profesor de Filosofía Moral y Política en la Universidad de Valencia. El autor expone en él los resultados de diversos proyectos de investigación y de innovación educativa, entre los cuales cabe destacar la creación y coordinación de la Red de Innovación Educativa en Filosofía (RIEF). El libro sigue, además, la estela del grupo de investigación consolidado “Éticas Aplicadas y Democracia”, liderado por los profesores Adela Cortina y Jesús Conill, que cuenta con una amplia trayectoria de trabajo en la filosofía moral, filosofía política y éticas aplicadas.

La obra que nos ocupa se nutre, entre una amplia diversidad de autores, de las propuestas de José Ortega y Gasset, Hans-Georg Gadamer, Adela Cortina, Amartya Sen, Martha Nussbaum y Charles Taylor. Defiende y emplea el enfoque de la hermenéutica crítica como metodología adecuada y solvente, capaz de evaluar la educación incidiendo especialmente en su sentido valorativo (sobre

este enfoque: Gracia Calandín, J. & Tamarit López, I., “El enclave de la educación desde el enfoque de la hermenéutica crítica”, *Pensamiento*, vol. 74 (282), 2018, pp. 819-833). La hermenéutica crítica es un método propio de las ciencias humanas que no aspira a la neutralidad, como pretenden las ciencias naturales, sino que aborda los ámbitos del sentido, la normatividad y el valor, alcanzando el nivel transcendental de la reflexión. Pues la cuestión no es “si al educar se puede prescindir de la ética, sino por qué tipo de ética se opta tácita o explícitamente” (p. 211).

El libro se compone de diez capítulos que proporcionan una panorámica del problema filosófico de la educación desde la perspectiva del quehacer ético. Como subraya Adela Cortina en el prólogo, la combinación de las perspectivas de la filosofía, la psicología, la antropología y las neurociencias permite una comprensión más rica de los desafíos de la educación y enriquecen la propuesta del autor. Gracia diagnostica diez desafíos educativos de la sociedad actual, entre los cuales podemos destacar la globalización, el aumento de las desigualdades y la vulnerabilidad, el incremento de la intolerancia y la violencia, la racionalidad técnica, la desafección política y la falta de compromiso cívico, siendo todos ellos atendidos a lo largo del libro. En lo que sigue, presentaré los que son, a mi modo de ver, los atractivos principales del libro. De esta obra destacaré la combinación de tres arcos temáticos, que se encuentran estrechamente ligados y que aparecen de manera transversal en varios de los capítulos.

El primero forma parte del diagnóstico y trata del problema de la mercantilización de la educación en el contexto neoliberal. Los discursos en términos de formación de “capital humano” son sintomáticos de los modos en que la lógica del mercado ha colonizado el sistema educativo y de la imposición de una perspectiva de cálculo de rentabilidad, en términos de ganancia y pérdidas, que corrompe el verdadero sentido de la educación. Sin duda, el reciente contexto de crisis económica ha sido excusa para llevar a cabo importantes recortes en las instituciones educativas, los cuales, con

toda seguridad, no han hecho sino empeorar la crisis social y humana. Esta mercantilización de la educación y del conjunto de ámbitos de la sociedad ha incrementado la brecha entre ricos y pobres, las desigualdades en términos de oportunidades reales, la precariedad y la vulnerabilidad, especialmente de las personas más desfavorecidas. Debido a la peligrosa confusión entre valor y precio, la educación se ha convertido en un producto comercial y se ha fomentado una visión individualista de la misma que es incompatible con su verdadero sentido como “bien común” fundamental para el conjunto de la humanidad. Se ha obviado, además, que el desarrollo humano no viene necesariamente marcado por el crecimiento económico. Y es que el uso único de la lente de la eficiencia proporciona una visión incompleta, deformada y deformante de la realidad, que camufla las injusticias sociales y olvida que el crecimiento económico no es un fin en sí mismo. El fin propio de la educación no es la capacitación profesional con vistas a la obtención de un puesto de trabajo que contribuya al sistema de producción, sino fomentar el pleno desarrollo humano de las personas dentro del marco normativo del respeto a los derechos humanos y las libertades fundamentales. Por ello, la educación tiene valor por sí misma, su valor no reside en su relación con otros factores como la economía, el mercado laboral, o la transmisión de determinadas ideologías políticas o doctrinas religiosas. El análisis filosófico desarrollado en el libro nos proporciona herramientas para criticar la perversión neoliberal de la educación, y a su vez, nos permite elucidar qué concepción de la educación hay que promover para conseguir cultivar una noción más rica de humanidad y caminar hacia sociedades más justas y habitables.

La pregunta por los fines de la educación ocupa un lugar privilegiado y permanece presente a lo largo de toda la obra. Esta reflexión trasciende el ámbito de la descripción sociológica y alcanza el nivel de la ética, de la reflexión en términos de normatividad y validez, pues no se trata de elucidar de hecho qué es la educación hoy en día, sino cuál ha de ser su fin propio. El

autor defiende una visión crítica y plenamente humanista centrada en el desarrollo de las personas y en la promoción de un marco ético-cívico en el contexto del pluralismo. Su definición de educación como cultivo de la humanidad o formación de lo humano pone de manifiesto, recuperando la herencia de Ortega, que la visión humanista trasciende a una defensa unilateral de las Humanidades e incide en el fundamento ético de toda disciplina, también de las ciencias.

En este punto cobra importancia la cuestión de las asignaturas de Ética, Educación ético-cívica o la Educación en valores éticos, que es analizada con profundidad en el séptimo capítulo. La educación en valores ético-cívicos no puede ser equiparada a una cuestión de preferencia u optatividad, pues estos valores “son la cristalización de la necesidad de regular la convivencia en un contexto pluralista a la luz de la razón comunicativa” (p. 165). Frente a las acusaciones que sufren las asignaturas de Ética, el autor contesta que la ética no trata de asentar principios de modo doctrinario, sino que fomenta el debate y el intercambio de razones a través de la argumentación, aproximándose al horizonte de un cosmopolitismo crítico, compasivo y arraigado, que no incurra en una abstracción, pero tampoco olvide el compromiso cívico con la propia cultura o el cultivo de los sentimientos morales. En realidad, nos dice el autor, el fundamento ético de la visión humanista no ha de constituir sólo la base de las humanidades, también ha de estar presente de manera transversal en la enseñanza de las ciencias sociales y naturales, por ejemplo, mediante el cultivo de capacidades como el diálogo, el sentido de la justicia, la autonomía, el pensamiento crítico, la formación cívica, la preparación para participar en sociedades democráticas y la imaginación narrativa. Dichas capacidades no pueden ser entendidas independientemente de la propia práctica. Los valores ético-cívicos claves, como la libertad, la igualdad y la tolerancia activa, han de encarnarse en los medios y estar presentes en las metodologías elegidas, como por ejemplo el Aprendizaje-Servicio, que fomenta la experiencia del reconocimiento

cordial. El denominador común de todas estas capacidades, que se establece como fin último y define la educación, es el desarrollo de personas libres, capaces de gestionar sus propias capacidades vitales y morales.

El último arco temático presente en el libro y que quisiera comentar en esta reseña concierne al problema de la neuroeducación, sus potencialidades y sus limitaciones. El autor aboga por una ciencia con conciencia crítica y una ética no naturalista para la neuroeducación. La neuroeducación es una nueva ciencia que combina las tradicionales ciencias de la educación (pedagogía, didáctica) y las neurociencias (neurobiología, neurociencia cognitiva, psicología cognitiva), y que posee un método y léxico propios con los que se contribuye al conocimiento de los mecanismos neuronales subyacentes a los procesos de enseñanza y aprendizaje. Sin duda alguna, el estudio del sistema nervioso permite una mejor comprensión y tratamiento de los trastornos de aprendizaje cuyo origen es neurológico. Ahora bien, el conocimiento acerca del funcionamiento del cerebro puede ayudar a abrir nuevos caminos de investigación en materia educativa, pero siempre sin relegar a un segundo plano los principios pedagógicos y sin dejar de analizar desde una perspectiva ética y crítica las nociones de educación, moral e inteligencia. El autor realiza una viva denuncia de los intentos de conectar el criterio ético con la evolución neurobiológica o la a pretensión de naturalizar la deontología (véase de este autor: “¿Incurre la teoría del proceso dual del juicio moral de Joshua Green en falacia naturalista?”, *Pensamiento*, vol. 72 (273), 2016, pp. 809-826.); es crucial no confundir la ética con fines adaptativos

que giran en torno al valor biológico de la supervivencia, ya que de este modo se contribuye a alimentar la falacia naturalista, un reduccionismo miope que priva a la educación de un auténtico fundamento ético. El fundamento ético de la educación nos permite superar los diversos modos de naturalismo (metafísico o científico) y establecer un auténtico criterio de validez moral. Los valores defendidos por la ética no deben imitar nuestras estructuras cerebrales, que de hecho pueden ser xenófobas y aporóforas (vid. Cortina, A., *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*, Paidós, Barcelona 2017). Al contrario, el modelo de educación que defendamos ha de ser establecido en base al modelo de sociedad que buscamos, una sociedad justa. En definitiva, hemos de dar con una adecuada relación entre neurociencia y educación, sin dejar de lado el potencial normativo de la educación ética, que es capaz de conformar y transformar las estructuras neuronales de las personas, como atestiguan los estudios de neuroplasticidad.

A raíz de la lectura de este libro, no puede caber duda de que la educación ética es el mejor garante de progreso frente a una sociedad ideologizada por las lógicas del mercado, de la ciencia y de la tecnología. Ante las graves deficiencias éticas del mundo actual, la llamada a una educación inclusiva y de calidad, comprometida con la justicia social y el rescate de sus objetivos transformadores, se presenta como el único medio de mejora de la salud democrática, la tan necesaria regeneración de la ciudadanía y la lucha contra la exclusión. – MARINA GARCÍA-GRANERO